

EL POTRILLITO ZARCO

—Lo absoluto —decía la Maga, pateando una piedrita de charco en charco—. ¿Qué es un absoluto, Horacio?

—Mirá —dijo Oliveira—, viene a ser ese momento en que algo logra su máxima profundidad, su máximo alcance, su máximo sentido y deja por completo de ser interesante.

Julio Cortázar: *Rayuela*

Había un gringuito cautivo que siempre hablaba del barco y lo augaron en un charco por causante de la peste. Tenía los ojos celestes como potrillito zarco.

José Hernández: *La vuelta de Martín Fierro*

A las nueve en punto estaban aquí, puntuales como suizos (como relojes suizos) y nos sacaban de uno en uno. Primero se oía el ruido del motor de la camioneta y luego el cuchicheo en la guardia, apenas un zumbido, en el que uno creía siempre reconocer la mención del propio nombre. Y entonces el cuerpo se independizaba de todo control, hasta de los más elementales, y el corazón corría desbocado y los intestinos se vaciaban, miserables, agregando la humillación al pánico.

A las nueve en punto, todos los días menos los domingos. Bienaventurados sean los domingos. A las nueve en punto. «Al pedo, pero temprano», como decía el general. (General, ¿por qué me has abandonado?) Y además, no era el pedo. Te subían a la camioneta, vendado y maniatado, de boca al piso y con una bota (botas, botas y más boootas, ¿verdad, doña Berta, profeta?) hundiéndote los omoplatos. Había poco aire allí abajo, y el poco que había estaba lleno de pelusas, de polvo, de basuritas. Es increíble la cantidad de mierda menuda que puede juntarse en el piso de una camioneta.

Y después te bajaban en el galpón siniestro, arrollado como una alfombra o un matambre, te desnudaban a patadas (¿hubiera creído usted que se puede desnudar a un cristiano a patadas? Se puede) y te tendían sobre el elástico de cama, atado a los cuatro vientos, Tupac Amaru, hermano del alma. Era el momento en que uno empezaba a pensar que el piso de aquella camioneta era un confortable paraíso. Como que no hay más paraísos que los paraísos que hemos perdido, no hay.

Y tras la tortura, tras la pobrecita carne lastimada, el retorno nebuloso a los cubículos de la espera, al lamedero de heridas. Sangre, asco y cansancio. Cansancio, sobre todo. Un cansancio que no es de este mundo. Cada pestaña pesaba una tonelada

Todos los días, a las nueve en punto. Hijos de puta.

* * *

El morse es una de las contradicciones del imperialismo. Se lo digo yo.

Nos lo habían advertido: «Ni una palabra entre ustedes. Un solo ruido, uno solo, y los revienta.» Pero teníamos la ventaja de que nuestro oído era finísimo, el oído de animales acosados, y el de ellos un oído ordinario, el oído de alguien que desayuna con medialunas, ve «Los Angeles de Charlie» y saca a pishar el perro por las noches.

De manera que jamás lograron oírnos, pero se dieron cuenta que hablábamos, a pesar de la venda y del cagazo y de las amenazas. Todo perdido menos la palabra.

Entonces nos metieron en calabozos individuales, yermos como desiertos y sombríos como junglas, separados por muros de un metro de espesor. Van a hablar si son brujos. Pero al poco tiempo las paredes comenzaron a despertar, a cobrar vida, a vibrar con la infinita gama que va del saludo a la advertencia, del aliento a la solidaridad. Las tumbas hablaron.

* * *

Quique y Nito tuvieron suerte, porque estaban lado a lado y los dos sabían morse. De manera que no estaban limitados al túnturuntun tún tún baladesco, al mínimo saludo carcelario. Ni tampoco tenían que utilizar el exasperante dialecto elemental: un golpe, a; dos golpes, b; tres golpes, c: Pruebe usted a transmitir de esa forma «buenos días». Lleva veinte minutos.

Quique y Nito sabían morse, precioso aprendizaje de una encajada anterior. Un golpe aislado seguido de dos golpes juntitos, a. Tres golpes juntitos seguidos de un golpe aislado, b. Los golpes aislados eran el punto y los juntitos la raya. Una maraviya.

—Raya raya punto raya, punto punto raya, raya, punto, raya punto, punto punto punto, raya raya raya, punto punto punto...

El golpeteo era apenas perceptible, incluso para el que podía detectar la pisada de una bota con la magnitud de una explosión. Pero Quique comprendió que aquel ruido tenía un orden, un plan, un sentido inteligible. Dio un comprendido y volvió a escuchar atentamente:

—Raya raya punto raya, punto punto raya...

Quique comenzó a traducir el «quién sos» que cantaba la pared y una sensación de júbilo le subió por el cuerpo como una planta.

—Buenos días, compañero —respondió—. Me llamo Quique.

Y casi pudo sentir, como si el muro fuese una membrana viva y cordial, que su alegría se instalaba también en el otro calabozo. «Después de todo, los jodimos», pensó. Y se sintió el hombre más feliz del cosmos.

* * *

En los campos de la muerte hay mucho tiempo. Sólo hay tiempo, pero mucho. Tiempo de sobra para pasar y repasar la propia vida con meticulosidad de orfebre, capturando las más remotas anécdotas, pequeñeces archivadas en el último huequito de la memoria: el dibujo de las cejas de Alicia, cierta astilladura del trampolín de la pileta del club, los colores mal combinados de un retrato de Laprida en el Billiken. La memoria era a veces una catarata y otras veces un lago, pero siempre acuática.

Y cuando los recuerdos cesaban, porque la mente se negaba a seguir segregando esa pasta preciosa, las últimas imágenes quedaban flotando en medio de la celda como pompas de colores, ingravidas y gentiles, o como un arco iris que se exalta más que nunca un momento antes de apagarse.

Time is money.

* * *

Se contaron todo, en infinitos días idénticos. Raya, punto, raya, punto. Los nudillos despellejados. Cuando uno transmitía—un oído controlando los golpes, el otro alerta a los pasos terribles—, el otro pegaba la oreja al muro, que se iba calentando con su calor y disolviéndose con la dulzura de la comunicación. Muy pronto convinieron medidas prácticas: después de cada palabra había que hacer un leve cepillado con la palma (ras, ras) y esperar el comprendido (tun). Entonces se podía seguir.

—Me (ras ras) parece (ras ras) que (ras ras) está (ras ras) lloviendo (ras).

Quique le contestó que no, que era la ducha de los cobanis.

—Qué (ras ras) lástima (ras ras). Me (ras ras) encanta (ras ras) oír (ras ras) llover (ras ras).

Nito le contó la primera vez que había visto llover sobre la pampa, una tarde de su infancia. La tierra y el cielo estaban del mismo color, pero abajo los trigales eran peinados silenciosamente por las manos del viento mientras que por el cielo se paseaban nubes inmensas como catedrales, hinchadas como tetas de vaca.

—Fue lindo...

Y por un rato la transmisión se interrumpía, porque los dos se dedicaban a recorrer el espinel de sus recuerdos pluviales.

• • •

Se lo llevaron a Quique a las nueve en punto. Volvió tres horas después, a rastras por el pasillo. Entre cuatro lo tiraron adentro del calabozo, como lata al basural, y luego se fueron silbando, haciéndose bromas, hablando de Boca y River.

Durante tres días la pared enmudeció. Nito veló cariñosamente el silencio del compañero roto, pero no dejó de saludarlo cada mañana y cada noche. No podría contestar, pero oíría.

Y poco después le tocó el turno a Nito, su cuota de pelusitas y Tupac Amaru y habló, hijo de puta. Pero no habló. Y después la pared le dijo «buenos días» y «hasta mañana» y «fuerza, hermano, que ya falta menos».

La vida de un hombre no vale nada, pero nada vale la vida de un hombre. Malraux, viejo, nos están reventando.

• • •

Otoño. Siesta.

—Contame (ras ras) algo (ras ras).

—¿Qué? (ras ras).

—Cualquier (ras ras) cosa (ras ras). Algo (ras ras) divertido (ras ras).

Nito sopesó largamente el pedido del compañero.

—¿Y?

—Pará. Estoy pensando.

Qué cosa, la vida. Tiene más vueltas que una oreja, tiene.

—¿Querés que te hable de la Maga?

—¿Quién es la Maga?

—Una mina sensacional.

—Dale.

La pared sonora habló largamente de París, de citas telepáticas, del negro violador, de los grandes lagartos que toman el sol en la playa de Pocitos.

—Sí —dictaminó Quique—. Es una mina sensacional. Pero imban cable.

—Imbancable, sí. Pero sensacional.

A las nueve en punto se lo llevaron a Quique en la camioneta. Ya no volvió más. Habían vivido trece meses a un metro de distancia sin verse nunca la cara ni escucharse jamás la voz.

* * *

Madrid, verano. El duro Torres-5 del exilio. Entro en una tienda de ultramarinos y pido la vez. De momento estoy fregado. Todos los caminos conducen al ACNUR. Biyuta que me amuraste en lo mejor de mi vida. Gardel en cassettes:

*Lejana tierra mía, bajo tu cielo
quero morirme un día
con tu consuelo...*

Y pensar que Le Pera era brasileño y Gardel francés. El nacionalismo, qué gilada.

—Perdoname. ¿Vos sos Nito Fuentes?

«Perdoname», tan argentino. Perdón, perdón, qué grande sos.

—Sí, soy Nito.

—Entonces tengo un mensaje para vos. Me lo dio un pibe en Quilmes, en el 77. No lo volví a ver más ni supe cómo se llamaba.

—¿Cuál es el mensaje?

—Un mensaje raro. Me dijo que si alguna vez te encontraba te pidiese que brindaras por él y por la Maga.

—¿Qué Maga?

—¡Qué sé yo! La Maga, dijo.

—¿La Maga? ¡Ah! La Maga...

—Sí.

Raya. Punto. Raya. Punto.

—Y decime una cosa: ¿cómo era ese pibe?

—No lo vi bien. Me dio el mensaje un día que nos encontramos de casualidad en el baño. Sólo recuerdo que era rubio. Y que tenía ojos celestes.

MARIO ARGENTINO PAOLETTI

Galeón, 15.
MADRID